

UNA PIEDRA QUE CAMBIÓ UNA VIDA

Hace muchos años, tres niñas se dirigían a sus casas de regreso de la escuela. Dos de ellas, Elena e Isabel Harmon, eran mellizas. Mientras caminaban, vieron a una niña mayor que corría detrás de ellas. Parecía muy enojada.

“Corramos —dijo Isabel—. Mamá nos ha dicho que no discutamos ni riñamos con ninguna persona que esté enojada, sino que vayamos rápido a casa”.

Las niñas empezaron a correr con todas sus fuerzas. Cuando casi habían cruzado el parque, la niña que las seguía gritó. Elena se dio vuelta para ver cuán cerca estaba. Al hacerlo, una piedra que la otra arrojó, la hirió en la cara.

“¡Ay, ay!” gritó Elena cayendo al suelo. La niña que había arrojado la piedra estaba tan asustada que huyó a su casa.

Isabel y su amiga también se asustaron cuando vieron que salía sangre de la nariz de Elena. “¿Qué haremos? —se dijeron la una a la otra—. Vamos a llevarla a aquel almacén”.

Cuando Elena volvió en sí, vio a muchas personas que la rodeaban.

“Te llevaré en mi coche”, dijo un señor bondadoso.

“No gracias —contestó Elena con voz débil—. Puedo caminar y temo que la sangre ensucie su coche”.

La gente no se daba cuenta de que Elena estaba demasiado débil, así que permitieron que ella tratara de ir caminando a su casa. Pero en el camino, casi volvió a desmayarse, y las dos niñas tuvieron que llevarla.

Durante tres largas semanas, Elena estuvo muy grave y permaneció inconsciente. Muchos creyeron que iba a morir, pero su madre estaba segura de que Dios oíría su oración y la niña viviría.

Cuando Elena recobró el sentido, pensó que había estado durmiendo. Había olvidado completamente el accidente. Cerca de su cama había hermosas flores. Entonces oyó que dos señoras, al retirarse de la pieza, decían algo raro. “¡Qué lástima!” dijo una, pensando que Elena no la oía. La otra contestó: “Yo no la hubiera conocido”.

Elena pensó: “¿Por que me tendrán lástima? Debo haber cambiado”.

Pidió a su madre que le alcanzara un espejo. Cuando se miró, gritó: “Oh, mamá, ¿qué ha sucedido conmigo? ¡Tiene que ser algo terrible!”

“Te rompieron la nariz”, le dijo la madre. “Nunca volverá a ser igual que antes”.

Cada vez que Elena se miraba en el espejo, se desesperaba. ¡Si pudiera morir! Pero sabía que no estaba preparada, así que pidió a Dios que le perdonara sus pecados.

¡Y Dios la oyó! Ella volvió a sentirse feliz y no se afligió más por su apariencia. Hasta llegó a amar a la niña que la había lastimado.

Elena se fue reponiendo. Poco a poco pudo jugar con sus amigos. Pero notó que algunos se avergonzaban de su compañía. Esto la entristecía.

El padre de Elena estaba ausente cuando ella sufrió el accidente. Cuando regresó, abrazó y besó a todos los hermanos y hermanas de Elena.

“¿Dónde está Elena?” preguntó.

“Aquí está”, dijo la madre, llevando a la niña de la mano.

El padre miró a Elena y luego a su esposa. “No me vas a decir que ésta es mi pequeña Elena. ¿Cómo puede ser esta niña la hijita sana y feliz que yo dejé?”

Fue muy duro para ella pensar que su propio padre no la conocía. Pero sonrió valientemente cuando él la tomó en sus brazos.